

Y al final, fue suya...

Fueron tres o cuatro, o quizá cinco, los puñados de tierra.
Y nada más.

Cuando golpearon en el féretro, alguien se sorprendió del sonoro ruido de cajón vacío, como si en él no hubiese nada...



Todos esperaban en silencio ese ritual. El tenía el privilegio de arrojarle los primeros terrones de la tierra. Luego se sumaron otros y al final, fue entre todos. Él, era su hijo. Ella, su madre, que ese día partía al más allá... El sepulturero y su pala sin piedad, la enterraron para siempre en el recuerdo del adiós. Bajó el telón del final de los finales y a él, se le encendieron los pasados...

No se exactamente cuando empezó todo, pero si sé que fue hace mucho. Fue hace mucho, mucho, mucho... Fue en un abrazo, en un beso y en una calle en la neblina... y por años a su madre se la llevaron el tiempo y un amante. Y nunca más la volvió a ver. Ella solo fue un misterio lejano, desde el asomarse a la vida, allá por sus primeros cuatro años. Fue por esas cosas de los padres, de esos que se quieren por un tiempo y que luego, bueno, que luego nada de nada... y nada más.

Desdicha y traición que le acompañaban en su vivir noctámbulo, mientras se preguntaba que hacer con esa soledad que lo acompañaba desde siempre. Su infancia fue una nube de duelo viviendo en el vacío, fue la noche de un inmenso chorro negro, que le iba inundando de sombras su cabeza.

Ser la cría sin su madre, es ser una metáfora del dolor y de la desolación. Es ser un libro que desde sus hojas, despiden siempre el triste perfume del olvido. Es sentarse solo en un banco entre las sombras, de la plaza de un barrio cualquiera y muy lejano, escuchando el recuerdo de su voz que se le quebraba en un lamento, y por donde se le escapaba a cada rato la tristeza. Llorar era el cause que le buscaban sus ganas, para poder rehacerse.

A veces cantaba en el lamento de aquel abandono doloroso, quizá como una forma de no perderse para siempre de si mismo. El mal, el peor de todos, no es el dolor ni es el sufrir en la desdicha; sino que el mal insuperable, es el olvido... Y él se aferraba siempre al recordarla, hasta se obligaba a recordarla. Quería, sin saberlo a sus cuatro o cinco años, poder seguir siendo en el otro a través de su recuerdo, y aunque ahora no la viera. Pero igual, a pesar de sus esfuerzos, no era más que un deseo y esperanza, abandonado en la desdicha, y con el sabor amargo del adiós que se le fue en aquella madrugada.

Y creció con sus abuelos. A los tumbos, como pudo, con idas y venidas. Felicidad hecha palabra que le transitó impune por la geografía del primer beso, aquel día en que se rindió

al amor de una adolescente como él. Verdad amorosa que le abrazaba la existencia, en lo que era y en lo que debía ser. Desdicha de un amor de madre ausente, convertida en una excusa para seguir amándola en cualquier mujer.

Buscó desesperado amar a su madre en cada hembra. Buscó ese amor de madre que le transitó por el barro de las calles, desde que se le había caído de lo más alto de las nubes. Era un yo que la extrañaba, y que sufría. Era un verso de dolor, reflejándole esa luz del sol que un día sin avisarle se esfumó...

Emperrándose en amar, aunque caminando al borde del abismo. Sufriendo, atravesando en un amor tras otro, que al final se le desangraba siempre entre las palabras y entre las melodías amorosas que se iban. Amor, final, traición, olvido... sortilegios de recuerdos y abandonos, que le arrancaban el dolor de siempre en soledad. Volvió a perder a su madre, una y mil veces, en cada amor que se le iba...

Flor de pétalos negros que lo fue apartando más y más. Disfrazándole su búsqueda de madre, entre palabras galantes, entre promesas vanas, y hasta en melodías suaves. Sediento de besos, de miradas, y hasta de celos enfermizos, él siempre, siempre la buscaba... Como si viviese en el exilio sonoro del silencio, como perdido en la geografía sonora del abandono de una madre.

Vida dañada, pero plena en lucidez, cual privilegio de la víctima, que siempre encierra a un verdugo en sus entrañas. Máscara, tras la cual el corazón hacía sus muecas de dolor. Felicidad rebuscada, como si ignorase que la nada, termina siempre y para siempre en ningún lugar. Infinita soledad que se le paseaba en el bosque frondoso de la noche, que se le dejaba envolver por los misterios que inventaba.

Mala suerte, tristeza y soledad. Vapores que le permitían entrever la silueta de la mujer buscada, pero que luego se desvanecían entre el humo y la nostalgia. Sinfonía de tristezas que le siguió sonando en sus acordes y armonías, cuando todos se habían ido. Misterio, azar y algo de goce, que le iban recordando a cada paso la inapelable soledad, o el horror de pesadillas en las que se enfrentaba al miedo de ser abandonado.

Peso de un ayer, agobiado en el desamor y en el desprecio, que tornaba aun más incierto al futuro de cualquiera. Fantasmas de ficción y fantasmas realidades. - *Para mí que ese pobre tipo se volvió loco, cuando lo abandonó su madre...* - escucho decir a una vecina.

Y recién cuando su madre estuvo vieja, pobre y sola, volvió a buscarlo. ¡Habían pasado tantos años y se habían derramado tantas lágrimas...! Pero al final, ella había elegido estar cerca de él, su hijo, para que la muerte la encontrara allí y no en otro lado... Partida en el dolor, reapareció. Fue en una tarde de lluvias y tristezas, cuando no había nadie por las calles. Hubo un momento de epidermis afectiva, de manos apretadas, de inviernos separados, de células sin memoria alguna y de intimidad expuesta.

Pero era la hora. Hora de desandar el camino para ella, a lo mejor porque pensaba que sería mejor que hacerlo sola. Susurro inentendible, hecho preguntas - *¿Llorar, por qué recién al final del camino estamos cerca? ¿Llorar, por qué el sendero compartido recién está al*

final? - se preguntaba él, haciéndose un ovillo como cuando era un niño. Llorar, llorar y explotar de llantos en el desierto de silencios, bañándose en la tenue luz desdibujada apenas en la cara del otro. ¿Para qué?

La velaron a cajón cerrado. Nadie pudo verla. El trámite fue rápido y lo que no pudo certificar la ciencia, lo hicieron unos pocos pesos. El cajón no pesaba demasiado... hasta parecía vacío, pensó alguien. Pero nadie hizo preguntas. ¿Para qué...?

La verdad es que su madre se había muerto, aunque ahora seguía prisionera de él y para siempre. Prisionera de su infancia sin amor, resguardada entre barrotes de locura, escondida debajo de su cama para que nadie la tocara. Era suya, solo suya. Ahora era suya y para siempre...

Estaba loco, sí. Pero ahora el cadáver de su madre era solo suyo... y para siempre.

Fin